

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III  
NUM 98

40 Cents

HEMEROTECA  
MUNICIPAL

2 ENERO  
1927

MADRID



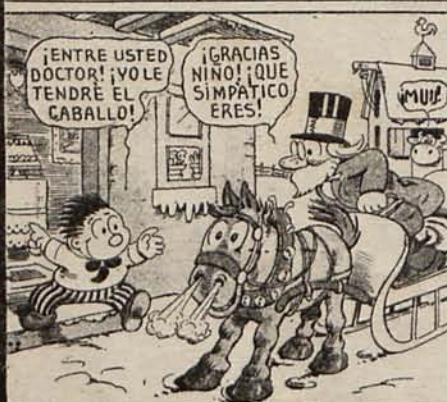
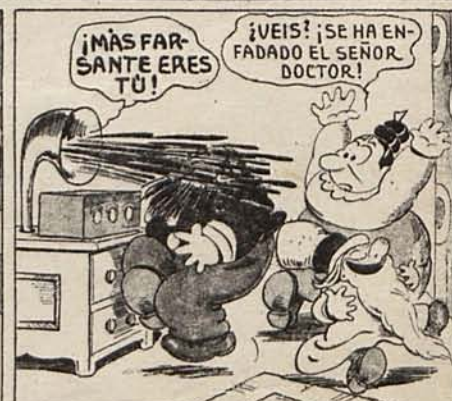


# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAISES AÑO 30 PESETAS.



## El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



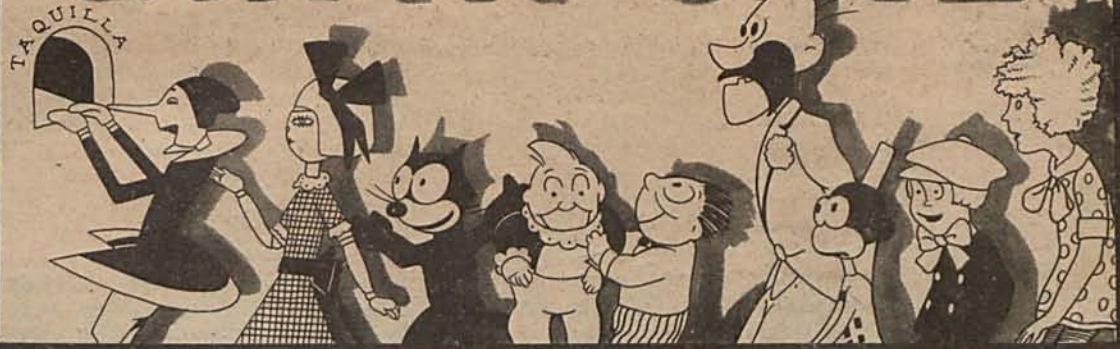


**PROGRAMA  
PARA HOY  
LA COPA  
DESAPARECIDA**

*Sensacional*

# GRAN CINE

TAQUILLA



—Esta es, Sr. O'Darrel, la sala de donde fué robada la copa de oro de Barnworthy.

Hizo Mr. Jack Worth estas afirmaciones al abrir la puerta de una estancia, iniciando la entrada a un saloncito bien amueblado. Mister Worth, famoso propietario de caballos de carreras, había ganado con uno de ellos, hacía un año, la copa

de oro de Barnworthy, que valía una fuerte suma. Estaba muy orgulloso con aquella copa y acostumbraba a tenerla sobre una mesa. Pero la noche anterior robáronle misteriosamente la copa de oro, por lo cual puso sin perder tiempo un telegrama a Paddy para que viniese en seguida y emprendiese las tareas para recobrar la preciosa copa. Respondió el detective con su presentación, acompañado, como es natural, por su experto y joven ayudante Bob.

Paddy y Bob siguieron a Mr. Worth, penetraron en la habitación y miraron en torno suyo.

—El bandido ha entrado por la ventana, Mr. O'Darrel —dijo el Sr. Worth—, aunque como puede usted ver, estaba protegida por barras de hierro exteriormente; pero el granuja acertó a cortar dos de ellas.

—¡Es cierto! —comentó Paddy—; lo cual prueba de veras que es experto en su negocio.

Los policías no encontraron huella alguna que los orientase. No había señales de dedos porque, sin duda alguna, el ladrón llevaba guantes. Las barras de hierro hicieron pensar mucho a Paddy. Era evidente para él, así como también para Bob, que las habían cortado con una poderosa llama con fuerza bastante para fundir el metal.

—¿Tuvo usted visitas ayer? —preguntó Paddy—. Me refiero a los que no sean personas de su completo conocimiento y respeto.

—Puedo asegurar que en estos últimos días no he tenido visitantes.

—Bueno, si usted no ve inconveniente, daremos un vistazo por fuera a la casa y tal vez charlemos algo con los criados.

—Hagan ustedes lo que juzguen más conveniente —dijo el Sr. Worth.

Salieron fuera de la casa Paddy y Bob, y vagando alrededor de ella, miraban inquisitivamente a la ventana que había sido forzada. Continuaron su paseo y llegaron al cuarto de los criados, donde pronto entraron en conversación con la cocinera. Esta se dió pronto cuenta de que Paddy y Bob eran policías, y se dispuso a contestar a las preguntas que le hiciesen.

—Señora Jones, ¿vino alguien por aquí a verles a ustedes ayer? —le preguntó Paddy.

—Únicamente los vendedores de costumbre y un hojalatero ambulante —replicó la cocinera—; el único desconocido es el hojalatero.

—Supongo que llamaría para ver si tenían ustedes ollas o calderos que componer —dijo Paddy.

—Sí, señor; eso hizo —respondió la señora Jones—; pero aquí no damos a componer las cosas de ese modo. Cuando nuestras ollas o calderos se estropean de viejos, los tiramos y se compran otros nuevos. Pero nos hizo un trabajo, sin embargo.

—Pues, ¿y eso? ¿Qué hizo? —preguntó Paddy.

La señora Jones señaló a un tubo de bajada de aguas de lluvia de una caseta próxima.

—Arregló aquel canalón por indicación nuestra. El hombre hizo el trabajo bastante bien, señor.

—Veo que hay una escalera de mano arrimada al muro —dijo Paddy—; si no tienen ustedes inconveniente, quiero utilizarla para examinar el canalón en la parte alta.

—Bob —dijo Paddy en voz baja—, necesito que entres en la sala y que coloques algo que brille sobre la mesa de la que robaron la copa de oro.

Salíó Bob a buen paso y entró en seguida en la sala. Encontró sobre la cornisa de la chimenea un vaso de plata y lo trasladó a la mesa. Dejóle allí como cosa de un minuto y volvió a colocarle en su sitio usual, volviendo en seguida con su jefe, a quien se encontró ya en el suelo y hablando de nuevo con la cocinera.

—¿Sabe usted dónde paraba el hojalatero ese, dónde puso ayer su taller? —preguntó Paddy.

—No lo sé, señorito; pero tal vez podrá usted indagarlo en el pueblo.

—Muchas gracias, señora Jones —dijo Paddy levantando cortésmente su sombrero para saludarla—; no creo que tengamos que volver a molestarla.

Sin hablar nada siguió Bob a su jefe, que penetró en la casa, donde en el salón de entrada había un teléfono, que usó el detective para hablar unos cuantos minutos; colocó después en orden el aparato y volvióse hacia su ayudante.

—Maestro, ¿sospecha usted del hojalatero ese? —preguntó Boy.

—Pocas sospechas aún, Bob —dijo Paddy en tono medio reprobatorio—. Pero creo que me gustaría saber algo más de ese caballero. Desde lo alto del canalón se podía ver perfectamente la copa de oro; me he convencido de ello cuando coloqué el vaso de plata en el sitio donde aquélla estuvo colocada. Además —prosiguió Paddy—, me da qué pensar la rotura por fusión de los hierros de la reja. Porque un hojalatero o plomero es hombre a quien sus tráficos familiarizan con el fuego y con los metales. Además, estos hojalateros ambulantes tienen muchas oportunidades de curiosear detenidamente las cosas que visitan, y la misma naturaleza de su oficio les libra en general de toda sospecha. Pero coincide todo esto con una cosa —concluyó Paddy—: acabo de llamar por teléfono a los policías para preguntarles si han ocurrido por aquí otros robos por el estilo de éste, y me han contestado que hace dos noches fué asaltada la granja de Wellwood, a unas diez millas de aquí, donde robaron una buena vajilla de oro. No quiero decir que el hojalatero sepa algo de esas rapiñas..., pero tenemos la obligación de enterarnos. Trabajemos, pues, para encontrarle.

## ¡Oro fundido!

Diez minutos más tarde, Paddy y Bob se aproximaban al grupo disperso de casas que forman el pueblecillo de Banhidge. Ahora les acompañaba un espléndido ejemplar de perro sabueso que llevaba el apropiado nombre de *Trailer* (rastreador). Tuvieron la suerte de que en el huerto-jardín de la primera casa del pueblo que encontraron hubiera una mujer cortando unas berzas para la comida del día siguiente.

—Usted dispense, señora —dijo Paddy saludándola— tal vez pudiera usted decirme si ha visto por aquí a un hojalatero o plomero ambulante. Creo que ayer hubo uno por estos alrededores.

—Sí, señor; es cierto —replicó la mujer—. Aquí nos hizo unas composturas.

—Entonces, llamó aquí para buscar trabajo, ¿no es eso? —preguntó Paddy.

—Sí, señor; llamó en la mayor parte de las casas del pueblo —dijo la mujer—.

—¿Sabe usted, por casualidad, dónde tiene su albergue? Me gustaría hacerle una visita.

Salíó la mujer a su puerta y señaló hacia abajo de la calle.

—¿Ve usted aquel grupo de árboles? —dijo—, en esa dirección se marchó y por allí le vi desaparecer en el bosque. Creo que por esa parte le ha de encontrar usted.

Muy cavilosos iban y casi sin hablar hasta que llegaron al bosque







donde la mujer les había indicado que pudiera acampar el hojalatero. Examinaron las rodadas de un carrito que iban desde la carretera hacia la arboleda, y ambos detectives siguieron cuidadosamente aquellas huellas del carro. Ondulaban éstas caprichosamente entre los árboles, hasta que llegaron a un espacio despejado, en el que escaseaban los árboles. Con toda evidencia se advertía que en aquel sitio se había encendido una hoguera por la mancha redonda que había producido el fuego en la hierba. Y además de esto se veían las huellas de las ruedas, que seguían por la cañada.

Cruzó Paddy rápidamente el terreno y tocó con sus manos el redondo manchurrón de la hoguera.

—Todavía se nota aquí el calor —dijo Bob—. En este sitio puso el hojalatero su hornillo. Aunque va descampado, vamos a darle caza por su propias huellas.

—¡Mucho me extrañará que nos sirvan de algo, maestro! —dijo Bob, que se había parado para coger una tira de paño—. Mire usted, parece que esto se ha desgarrado no hace mucho de una prenda de género ya muy usado, y en este sitio tan solitario de bosque creo que se puede asegurar que sea un rastro dejado por el hojalatero lañador.

—Ten cuidado al cogerlo —le ordenó Paddy—. Tenemos que dárselo a olfatear un momento a *Trailer*.

De pronto se adelantó Paddy, y echándose sobre sus manos y rodillas, se puso a observar algo que yacía entre las matas. Silbó en seguida prolongadamente para que viese Bob lo que su jefe había descubierto.

—¿Qué es eso, maestro? —preguntó echándose también al suelo.

—¿Ves esto? —dijo Paddy señalando a un trozo irregular del tamaño aproximadamente de un centímetro, delgada hojuela metálica que amarillaba—. Fíjate bien en lo que es.

—Me parece que se puede afirmar que esto es oro, maestro, o por lo menos lo parece

—contestó Bob después de un detenido examen.

—Muy bien; muchacho, te aseguro que aciertas —dijo Paddy cogiendo la hojilla metálica entre sus dedos y examinándola con gran atención—. Si —afirmó después de unos instantes de inspección—. Esto es oro: ¡oro puro!

—¡Oro! —exclamó también Bob—. ¿Pero cómo habrá venido a parar aquí?

—¡Directamente del crisol, muchachol —exclamó Paddy calmadamente—. Dios quiera que no proceda de fundir la Copa de Oro de Barnworthy, si no es de ella, me temo que sea de la vajilla robada en la granja de Woodwell.

Bob miraba con perplejidad a Paddy.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Supone usted entonces que el plomero gastó aquí su tiempo en fundir los objetos de oro?

—Todos los detalles parecen indicarlo, Bob —dijo Paddy—. Suponiendo por un momento que ese lañador ambulante es un bandido y que se especializa en robar objetos de oro y de plata, nadie estaría en mejores condiciones que él ocultándose en barrancos y bosques, pareciendo inocente por todos conceptos al usar sus crisoles y hornillo para arreglar cacerolas y sartenes; pero en realidad fundiendo los productos de todos sus robos, que así se ocultan definitivamente.

—Bien, bien; convencido —murmuró Bob.

—Debes recordar asimismo, que el oro así obtenido se puede fundir en moldes largos y delgados para darle exactamente la misma forma que las barritas de soldadura que un hojalatero o plomero lleva siempre para sus trabajos. Sólo tiene que desfigurar su color para que nunca pueda ser reconocido en eventuales registros de inspección.

—Y del mismo modo, maestro —dijo Bob—, también puede llevar en su carretón el mechero de fuelle para cortar las barras metálicas.

—Bueno, pero no nos descuidemos en seguirle —exclamó Paddy—. No creo que nos será difícil volver a encontrar sus huellas. No sospecha aún que se le vigila y no puede haberse apartado mucho de estos sitios.

Silbó Bob a *Trailer* y restregó en el hocico del sabueso la tira de trapo que había encontrado. Lo olisqueó el perro con gran viveza y en seguida, con sus narices junto al suelo, empezó a trotar rápidamente por las rodadas del carretón. Cuando llegó el sabueso a la carretera, giró de pronto a la izquierda en una dirección que justamente era la contraria de la que conducía al pueblecillo.

—Sujeta a *Trailer* hasta que yo vuelva con el automóvil —ordenó Paddy.

Cogió Bob al sabueso por el collar y su jefe retrocedió a buen paso por la carretera a casa de Mr. Worth, donde había dejado su auto. Pocos minutos tardó en volver con el coche. Soltó Bob el collar de *Trailer* y saltó junto a su jefe. *Trailer* partió corriendo con gran ligereza y olfateando el terreno; los del auto le siguieron.

Sin vacilar ni un momento en el rastro que perseguía, sostuvo el sabueso su carrera lo menos dos millas. El camino acabó por descender rápidamente hacia un río ancho, profundo y de muy rápida corriente.

—¡Ahí le tenemos —gritó Bob.

Aproximándose al río podía verse un carretón de hojalatero y al hombre que le empujaba. Al oír el ruido del motor, el hojalatero volvió la cabeza y durante unos momentos se paró para mirar hacia atrás. En seguida empezó a empujar con redoblada velocidad.

—El sabueso es quien ha dado con ese foragido —dijo Paddy con un timbre de triunfo en su voz—. Solamente los

criminales justifican el empleo de los sabuesos y saben el peligro que para ellos representan. Ese granuja ya se ha dado cuenta de que le perseguimos.

El lañador, que estaba sobre una ligera pendiente del camino, emprendió a correr y su carretón salió disparado por delante de él. En esos instantes llegaba ya el sabueso a darle alcance.

—¡Alto! —gritó Paddy.

Pero el hombre, en vez de obedecer, empujó su carretón fuera del camino para que rodase por el campo de hierba que se extendía hacia el río, el cual no distaba ni siquiera veinte metros.

—Trata de arrojarlo a la corriente haciendo creer que se le ha escapado en esa dirección para que se pierdan todas las pruebas de sus fechorías —exclamó Paddy—; pero vamos a ver si le anulamos la jugarreta.

Hizo virar en redondo al auto, que saltó prestamente sobre la hierba. Al mismo tiempo rugió el motor al aumentar Paddy la velocidad, y el poderoso automóvil salió disparado. Bastó el tiempo para que el detective consiguiese interponer su coche entre el río y el armatoste del hojalatero. Entonces el carretón se estrelló contra el auto con tal fuerza, que los numerosos cachivaches con que iba cargado, salieron a voleo en todas direcciones.

Viendo lo cual, el hojalatero echó a correr; pero *Trailer*, avalanzándose a él y saltando a sus hombros, le tiró al suelo, plantándose en guardia sobre él.

Apretando los frenos en el mismo borde del río, saltó fuera del auto el detective y examinó el contenido del carretón. Allí, mezcladas con las barritas de soldadura, había otras que eran de oro puro. Rebuscando más, encontró Paddy en el fondo de un viejo hornillo, y cubierta con recortaduras de metal y con trapos, la hermosa Copa de Oro de Barnworthy.

—Bien, bien —exclamó Paddy—; este asunto toca su fin. Me figuro que nuestro distinguido amigo lañador y hojalatero disfrutará de varios años para meditar sobre sus delitos en alguna de las prisiones de Su Majestad.

Y esto fué lo que en realidad resultó ser la suerte del ambulante hojalatero, que de todas veras resultó ser uno de los más notables facinerosos que Paddy apresó en su vida.

¡¡HA TERMINADO!!



# EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA

(Continuación.)

Fué clara, enérgica, persuasiva y tenaz con su padre. Convencióle de que no podía ser feliz con mister Flaxman, y obligó al bueno del armador a dar por terminado el noviazgo y perder el cajero.

Transcurrió otro año, y nada digno de mención había acaecido a nuestra joven y simpática amiga, hasta que una gran desventura vino a amargar su existencia.

Su padre, el óptimo mister Lobster, la perla de los armadores de Liverpool, gastado por el trabajo, que en él, como en todos los grandes trabajadores, había degenerado en una fiebre incurable, fué encontrado una tarde muerto y sentado en aquel mismo sillón y delante de aquel mismo escritorio de su Banco, que durante tantos años había sido testigo de su laboriosidad.

¡Pobre mister Lobster!

¡Había querido morir como un valiente soldado: sobre el campo de sus batallas!

Desaparecido su jefe, la Casa Lobster desapareció también, para convertirse en la Compañía Comercial de Navegación Davy.

¿Cómo pudo suceder esto?

De modo bien sencillo. El capitán Jaime Davy, al propio tiempo que hacía prosperar los asuntos de la Casa Lobster, no descuidaba los suyos, y con algunos negocios afortunados habíase enriquecido, hasta el punto de poder comprar la razón social Lobster y continuar por su propia cuenta.

Al mismo tiempo se abría en Londres una casa de banca con un capital de varios millones, que llevaba el nombre de A. Flaxman.

Todo aquello sucedía mientras el crucero argentino *General Belgrano* desaparecía de un modo tan extraño del puerto de Plymouth.

Pero entre tantas personas a quienes la fortuna hacía felices, dos de nuestros principales personajes parecían abandonados por ella.

Uno era miss Polly, triste y desconsolada; el otro era Alberto Wendover, sombrío y lleno de horribles propósitos.

En su corazón, todo buen sentimiento, iba poco a poco cediendo su puesto a los malos deseos de venganza y de odio.

Era una lucha íntima y terrible entre el genio del bien y del mal. ¿Quién vencería?

## VII

### EL MISTERIO DE DOS NAVES

El 1.º de enero de 1884, el armador Jaime Davy, al contrario que la mayor parte de los vivientes en el mundo civilizado, no se encontraba en disposición de saludar con júbilo la entrada del nuevo año.

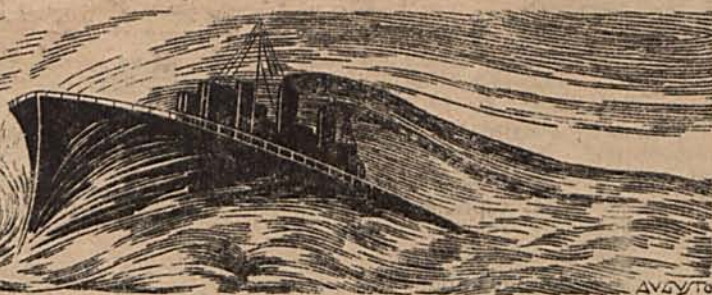
A pesar de ser el día más hermoso de aquel invierno, estaba sombrío, nervioso, como sometido a una grave preocupación, a algún suceso grave que le tenía mudo y agitado.

Miss Ellen, su dulce, ternísima hija, había puesto en juego sus artes más afectuosas e infantilmente seductoras para vencer su profunda tristeza, para ahuyentar toda sombra de pena y atraer la serenidad a su semblante; pero todo fué en vano.

Y miss Ellen hubo de salir del despacho de su padre desolada y llorosa sin haber conseguido saber la causa de tan inexplicable conducta.

Era preciso que el capitán Jaime Davy tuviese un motivo de excepcional importancia para no ceder ante las gracias de su hija, a quien adoraba.

Quería estar solo, y había ordenado que únicamente le llamasen cuando llegase una persona que había anunciado su visita para las tres de la tarde de aquel mismo día, poniéndose a pasear de un lado para otro por su despacho, con la barba sobre el pecho, fijos los ojos en el suelo y las manos atrás, cogidas y agitadas por un ligero temblor nervioso.



De vez en cuando se paraba, cogíase la cabeza entre las manos, y extrañas palabras brotaban de sus labios casi maquinalmente:

—Es mi ruina... Me veré obligado a suspender los pagos y a declararme en quiebra...

¡El deshonor y la muerte!

Callaba luego y permanecía pensativo; después, como aquel que intenta persuadirse de algo, continuaba:

—¿Pero será verdad? ¿No se trata de una falsa alarma? Dos naves, las mejores que yo tenía, perdidas de tal modo con la carga al mismo tiempo, y sin esperanza de obtener el premio del seguro, porque este caso no fué incluido en el contrato. ¿Podrá concebirse monstruosidad semejante? Vamos, o yo soy víctima de un sueño, o *este* se ha vuelto loco.

Jaime Davy tomó de su escritorio un papel y se puso a leer, o mejor dicho a releer por vigésima vez lo que en él estaba escrito.

Su contenido era el siguiente:

«Mister Jaime Davy, armador en Liverpool.

»Tengo el sentimiento de anunciaros, por encargo de un amigo mío y también vuestro, la pérdida de vuestras mejores naves, la *Miss Ellen* y la *Reina Victoria*, ocurrida hace pocas semanas cerca de la costa de Nueva Guinea.

»El equipo de ambas naves está en salvo, pero éstas y sus cargamentos respectivos se han perdido.

»Esta desgracia, querido señor Davy, reviste cierto misterio, que solamente vos podéis comprender y explicar.

»Vuestras naves no fueron víctimas de ninguno de los frecuentes siniestros marítimos que la Sociedad de Seguros prevé y abona, sino que han sido hundidos por hombres desconocidos y poderosos que, sin ningún género de duda, tienen interés en perjudicaros y provocar vuestra ruina.

»Si deseáis más detalles, me pondré a vuestra disposición. A las tres de esta misma tarde me tendréis en vuestra casa.

»Disponed como mejor os plazca de vuestro afectísimo

»J. H. RYDHALL.»

El capitán Davy estrujó con un movimiento rabioso y convulso el papel.

—¿Qué enemigo puedo tener yo? —murmuró, dejándose caer abatido sobre una poltrona—. ¿A quién puede causar envidia mi posición?... ¿Quién tiene interés en verme arruinado y deshonrado?... ¡Dios mío, Dios mío, voy a perder mi razón, me vuelvo loco!

Dirigió una mirada a la esfera de un reloj de pared; faltaban algunos minutos para las tres.

—¡Esas malditas agujas no se mueven! —rugió entre dientes, volviéndose a poner de pie—. ¡Semejante espera es intolerable, y no hay nadie, nadie que pueda acelerar el tiempo!

Un golpecito dado en la puerta, que estaba cerrada, le hizo sobresaltarse.

—¡Adelante! —dijo—. ¿Quién es?

—Soy yo, papá —respondió la voz, un poco temblorosa, de miss Ellen—. ¿Puedo entrar?

—Entra.

La niña pasó.

—¿Qué es, qué quieres, querida mía? —preguntó el padre.

—Un caballero pregunta por ti.

—¿Es el que espero?

—Creo que sí. Mira.

Y miss Ellen le presentó una tarjeta de visita, diciendo: —He querido traértela yo, papá.

El capitán Jaime Davy hizo un esfuerzo para sonreír y miró la tarjeta.

—J. H. Rydhall, Esqu. —leyó—. ¡Él es!

—¿Qué hago?

—Manda que te introduzcan aquí inmediatamente.

—Voy...

—Sí, sí, corre.

Pero en vez de obedecer, miss Ellen permaneció allí, muda, con sus hermosos ojos repletos de lágrimas.



¿Qué le pasaría a su padre? ¿Por qué no le pagaría el servicio como de costumbre, con aquella paternal solicitud que bastaba para hacerla dichosa durante un día entero? Ni una buena palabra, ni una caricia, ni un beso en la frente, como solía...

El padre adivinó estos pensamientos en el rostro contristado de su hija y sintió vergüenza de sí mismo y una ternura infinita hacia la niña. Entonces la atrajo hacia sí, la estrechó entre sus brazos, levantándola casi del suelo como si fuera una chiquilla y cubrióla su cara de besos fuerosamente, llamándola:

—¡Querida, querida, querida!

Miss Ellen dió un pequeño grito de alegría, se abrazó al cuello de su padre, permaneciendo así algunos instantes. Soltóse luego y escapó, diciendo:

—Voy a avisar a aquél señor.

J. H. Rydhall, Esquire, era un anciano de aspecto grave y distinguido.

El director de la cárcel de Liverpool le habría reconocido como el visitante llegado el día antes del famoso incendio; miss Polly, por el caballero que le había revelado la inocencia de Alberto Wendover; este último, por su presidente.

Jaime Davy, apenas éste apareció a la puerta de su despacho, corrió a su encuentro, cerró la puerta con llave, y sentándose junto al anciano, dijo:

—Os esperaba con grande impaciencia, caballero.

—Lo suponía —repuso Rydhall.

—Como podréis suponer —prosiguió el armador—, vuestra carta me ha inquietado profundamente...

—Lo creo.

—¿Me confirmáis entonces las noticias contenidas en ella?

—Por completo.

El capitán Davy hizo un esfuerzo para mantenerse tranquilo, y preguntó:

—Pero ¿cómo es que ha llegado a vos antes que a mí la noticia de este desastre? Os advierto, caballero, que he teleografiado a mis corresponsales australianos y me han contestado con noticias consoladoras.

—Puede ser...

—¿Qué?

—Que ellos ignoren lo que yo sé.

—¿Y vos sabéis?...

—Todo.

—En ese caso, hablad, pues por grave y doloroso que haya de ser para mí lo que me digáis, os quedará siempre agradecido.

El señor Rydhall se inclinó y respondió con cierta frialdad:

—Ya he tenido el honor de deciros que obro no por iniciativa mía, sino por encargo recibido de uno que se llama vuestro amigo.

—Extraño amigo —no pudo menos de observar amargamente el capitán Davy—. Se me anuncia con una desgracia, la cual, no lo oculto, es mi ruina. ¿Su nombre?

—Alberto Wendover.

Si un rayo hubiese caído en aquel momento a sus pies no hubiese causado en el pobre armador un efecto igual al causado por aquel nombre, ya olvidado, del antiguo compañero de oficina.

—¡Alberto Wendover! —exclamó, clavando la mirada en los ojos de su interlocutor—. Mister, ¿estáis seguro de no engañaros?

—¡Oh, segurísimo!

—Perdonad; os creo.

—Alberto Wendover —prosiguió el anciano— era hijo de un amigo mío; esta amistad la heredó él y siguió inalterable aun después de su desgracia...

—De su culpa —corrigió el capitán Davy con un acento de rencor que no se podía adivinar si era causado por una reminiscencia de antigua hostilidad o por la ira de la presente desventura, de que Alberto parecía haberse hecho embajador por boca de aquel extraño anciano.

A mister Rydhall cruzóle un relámpago por los ojos.

—¿Creéis culpable a mister Wendover? —preguntó.

—Sin duda alguna.

—El señor Flaxman, el antiguo cajero del difunto Cyrus Lobster, no piensa como vos: ha declarado que está convencido de la inocencia de su ex colega.

El capitán Davy se encogió de hombros.

—Mister Flaxman es dueño de pensar como guste. Mas os suplico, caballero, que volvamos a nuestro asunto. Ya que habeis tomado el oficio de informador, cumplid con él hasta lo último y contadme cuanto sepáis.

El anciano dominó una sonrisa de satisfacción maligna y respondió con fina condescendencia:

—Os obedeceré. Vos, mister Davy, habíais firmado hace algunos meses un buen contrato con la casa alemana Zitten y C.<sup>ta</sup>, para el aprovisionamiento de una gran partida de madera de mucho precio...

—Es verdad.

—Y habíais enviado dos de vuestros más grandes veleros a cargarla en Australia, en el golfo de Carpentaria, precisamente donde existen plantaciones de una Sociedad americana para el comercio de maderas preciosas.

—Sí, todo eso es exacto.

—Tanto mejor. La *Miss Ellen* y la *Reina Victoria*, es decir, vuestras dos naves, llegaron, tras feliz travesía, a Carpentaria, hicieron su carga casi al mismo tiempo y se hicieron a la vela juntamente con dirección a Europa.

—¿Y después?

—Algunos días después de su partida del golfo de Carpentaria, un fuerte viento sudeste les obligó a desviarse de su ruta, subiendo hacia nueva Guinea. Se sabe que desde el momento que partieron de Australia un buque de guerra los perseguía, procurando no perderlas de vista.

—¡Dios mío! ¿A qué nacionalidad pertenecía?

—Desconocida.

—¿No llevaba bandera?

—Ninguna.

—Pero su nombre... Tendrá algún nombre.

—No tenía nombre.

El capitán Davy se oprimió la cabeza entre las manos, abatido.

Transcurridos algunos instantes de penoso silencio, dijo:

—Proseguid, mister.

—Prosigo. Un día el buque de guerra...

—Perdonad. ¿Era?...

—Un crucero.

—¡Ah!

—Sí, un crucero, a juzgar por su forma esbelta y al mismo tiempo potente.

—Bien. Y decíais que un día...

—Un día aquel buque izó en su mástil la señal de parada pidiendo parlamentar con los comandantes de vuestros veleros. Estos no sospechaban ninguna sorpresa desagradable, y aunque hubiesen pensado en ello, toda tentativa de huida era absurda. Plegaron velas y esperaron.

—Continuad, os lo suplico.

—Señor Davy, lo que pudiera ocurrir entre el comandante del crucero y los capitanes de vuestros barcos, lo ignoro por completo. El coloquio hubo de ser grave, por cuanto apenas terminado, estos últimos dieron orden de echar al mar los botes dispuestos y avituallados como para un largo viaje, y las tripulaciones, tanto del *Miss Ellen* como del *Reina Victoria*, se acomodaron en ellos inmediatamente, dirigiéndose a la costa próxima de Nueva Guinea, donde se encontrarán aún, a no ser que algún otro barco les haya recogido.

—Pero mis naves, digo, ¿qué ha sido de ellas?

Por los ojos del anciano cruzó de nuevo aquel extraño relámpago de crueldad que ya durante el coloquio había fulgurado antes, y entornó los párpados para ocultarlo.

—La más pequeña...

—¿La *Miss Ellen*?

—Sí.

—¿Qué?

—Fué echada a pique mediante una simple embestida, que le destrozó gran parte del casco, abriéndole en el centro, en la obra viva, un enorme boquete, por el que se precipitó el agua, anegándola en pocos minutos. En cuanto a la *Reina Victoria*, más grande, fuerte, maciza y también más velera, los marineros del crucero no se atrevieron a repetir en ella la misma operación, o quizá quisieron probar en ella la precisión de su artillería.

—¿Qué es lo que queréis decir?

—¡Dios mío, nada más claro! Con una sola descarga cerrada de los cañones de estribor del crucero, el *Reina Victoria*, a fin de hacerle digno de su nombre, fué quebrantado, hecho pedazos y hundido en menos tiempo del que yo empleo en decirlo. La escena fué espantosa, pero, afortunadamente, no hubo víctimas.

El capitán Davy quedó como ensimismado. Después, mediante un violento esfuerzo, repuso:

—¿Decís que todo eso os ha sido comunicado por Alberto Wendover?

—Sí, os lo repito.

—¿Y dónde estaba él para conocer tan exactamente el desarrollo de tan inexplicable drama?

—He aquí una pregunta a la cual no puedo responder por dos razones. La primera es que no sé dónde podría encontrarse el pobre Alberto; la segunda, que aunque lo supiese, estando como estoy convencido de su inocencia, no lo diría a nadie, a fin de evitar la molestia de ser nuevamente preso y echado en prisión como si fuese el peor de todos los malhechores.

—¿Creéis que él haya podido, de cualquier modo que fuese, ser testigo del hecho?

—Efectivamente.

(Continuará en el número próximo.)



# EN LA COSTA DE ORO

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Voy a narraros un caso extraordinario, del cual me enteré durante uno de mis viajes a la costa occidental de África. Y conste que se trata de un hecho realmente ocurrido, ¿eh?...

En el año 1850 me hallaba en la Costa de Oro y en la pequeña ciudad de Uza, y la llamo ciudad por llamarla algo, puesto que, exceptuando algunas —muy pocas— factorías de comerciantes holandeses o alemanes, no se ven allí más que unas cuantas miserables cabañas de paja, fango o troncos, con techo de gigantescas hojas de palmera.

Aquella minúscula ciudad está habitada por negros feísimos, de nariz aplastada y abultados labios, de estrecha frente y cabeza cubierta de pelo corto y rizado untado de aceite o de manteca, lo cual les da aún un aspecto más repulsivo y despiden un olor repugnante bajo aquel sol abrasador.

En aquella época la pequeña ciudad formaba parte del reino de Dahomey, que había sido ocupado por los franceses.

¡Y qué horrores no se contaban de los que habían sido soberanos de aquel reino!

Pasaban, y con razón, por ser los más sanguinarios del continente africano.

Las crueldades cometidas por aquellos reyes eran inauditas. Todos los años, con el pretexto de conseguir que los dioses se les mostrasen propicios, les sacrificaban miles de esclavos.

Se contaba que durante las fiestas más nombradas hacían colocar trescientos esclavos y trescientos bueyes alternados, y a una señal convenida caían las seiscientas cabezas segadas por verdugos y matarifes.

Hacia muchos años, uno de aquellos tiranos mandó decapitar mil esclavos para adornar con sus cabezas el pabellón real.

En 1677, Gelete, uno de los soberanos más sanguinarios, apresó algunos inofensivos portugueses, y después de hacerles bailar varias horas sin descanso para que le distrajeran, mandó empalarlos vivos como recompensa...

Podría seguir contándoos otras muchas barbaridades.

Por ejemplo, cuando el rey moría, se sacrificaban millares de esclavos, a fin de que marchara al otro mundo con una buena provisión de cráneos.

Si por casualidad se quería edificar un nuevo templo, antes había de regar el suelo donde debía emplazarse con sangre humana. Si moría algún miembro de la real familia, se fabricaba una urna mortuoria con sangre y arcilla.

Si un ejército resultaba derrotado, los soldados eran despedazados por no haber sabido vencer al enemigo.

¿Y qué más? Cuando algún desgraciado emisario era portador de una mala nueva, le hacía empalar ante sus propios ojos.

Podía afirmarse con razón que durante el reinado de aquel monarca todo el reino se hallaba convertido en un inmenso cementerio.

Efectivamente, no podía uno internarse dos millas sin hallar montones de huesos humanos.

Ahora que ya os he explicado —para que pudierais haceros cargo de ello— lo que era aquel país, os voy a contar el hecho acaecido.

Entre los indígenas que venían a bordo de nuestra nave, me había fijado en un hombre joven aún, de muy buena apariencia y que —cosa muy rara en un negro— tenía el cabello completamente blanco.

Era de estatura colosal y poseía una fuerza tan extraordinaria que levantaba él solo un ancla que por lo regular era muy difícil de mover por otros tres hombres juntos.

Aquel indígena se llamaba Ongo y había nacido en el reino de Benin.

Como me extrañaba sobre manera ver un negro tan joven con el cabello completamente blanco, un día, durante el descanso del mediodía, le pregunté el motivo de aquella rara particularidad.

—Fue un efecto del miedo —me contestó en un francés bastante inteligible.

Y comprendiendo, sin duda, mi curiosidad y sorpresa, se apresuró a decirme:

—Y eso que yo he sido uno de los más famosos cazadores de leones y leopardos y hasta he llegado a matar buen número de ellos sin necesidad de armas de fuego.

—Pues mira —le contesté—, si quieres contarme por qué tus cabellos se volvieron blancos, te regalaré una bonita faja encarnada.

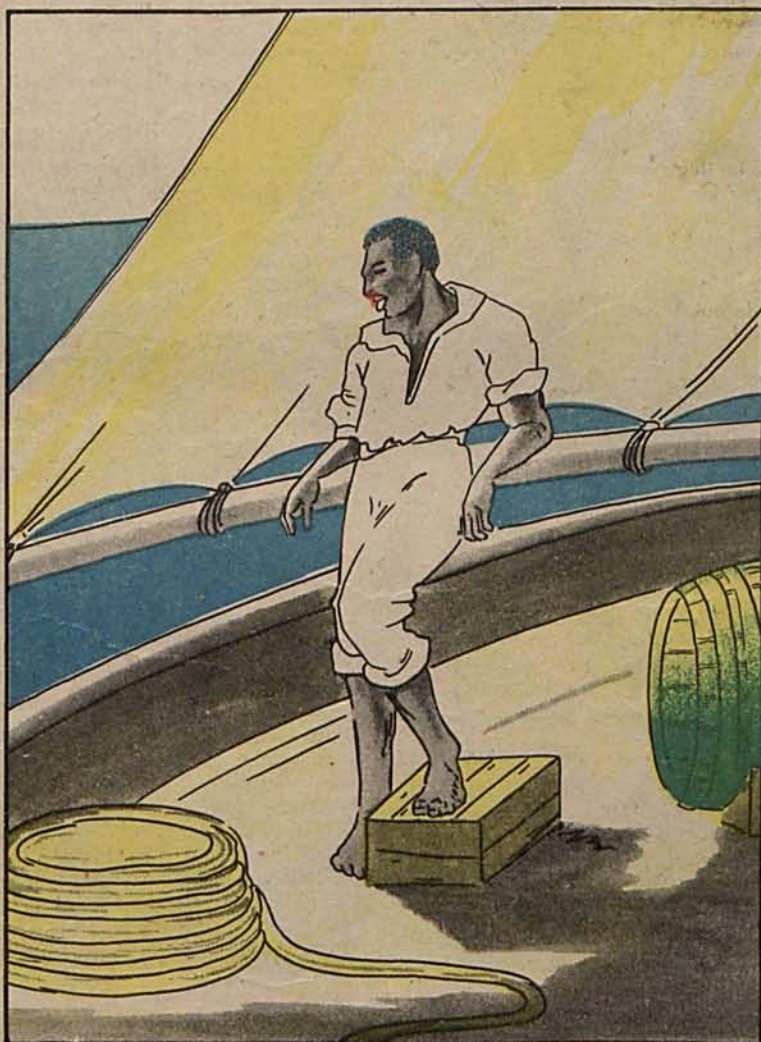
Y el negro, contentísimo por aquella promesa, me invitó a acudir a su cabaña al anochecer. Se hallaba situada en la playa, a la sombra de un gigantesco platanero de anchas y largas hojas. Como podéis presumir, no falté a la cita.

Y ahora voy a repetiros lo que aquel hombre me contó.

\*\*\*

Debéis saber que los negros de Dahomey, entre sus extrañas creencias y supersticiones, sienten un respeto grandísimo por las serpientes, por creer que son seres amados de sus divinidades.

Y esta creencia llega hasta el punto de que en Vidak hay un templo dedicado exclusivamente a tan repulsivos reptiles. Hay allí mi-







les y miles de ellos, y hasta tienen sus guardi-  
nes, que son los encargados de alimentarlos.

Todo el que encuentre una serpiente —y abundan muchísimo en los bosques del interior— está obligado a cogerla con cuidado y llevarla con toda clase de precauciones al templo.

Para que veáis hasta qué punto llega la devoción a este animalito, se cuenta que una madre que vió devorar a su hijo por una de ellas, en vez de apresurarse a matarla, la llevó devotamente a Vidak y la adoró.

El mismo rey las respetaba, y había decretado severísimas penas para todos aquellos que maltrataran o mataran aquellos antipáticos animales.

Como os he dicho, Ongo, antes de ser marinero, había sido cazador de leones. Dotado de una fuerza extraordinaria y de un valor a toda prueba, se internaba en lo más profundo del bosque, afrontando todos los peligros y clavando con su lanza a las fieras que se ponían a su alcance, en vista de lo cual se había creado una gran reputación, y el mismo Gelete, que en aquella época reinaba en Dahomey, había querido conocerle, y le había obligado después a entregarle la mitad de las pieles que conseguía de resultados de tan peligrosa caza.

Pero ocurrió que un día, mientras Ongo perseguía un león que se había presentado en los alrededores de Abomey, capital del reino, se vió de improviso asaltado por una colosal serpiente, que si bien no era de las venenosas, pertenecía a una clase que están dotadas de una fuerza tan grande, que enroscándose y apretando sus anillos pueden descoyuntar incluso un buey.

La que había asaltado a nuestro cazador media siete metros de larga y era tan gorda como el muslo de un hombre.

El negro, que se había visto sorprendido por aquel colosal enemigo, se halló envuelto entre los anillos del reptil, aun antes de darse cuenta del peligro y sin tiempo para sacar de su faja el cuchillo que llevaba en ella.

Otro cualquiera pronto se hubiera visto reducido a una pelota de carne sanguinolenta; pero como Ongo tenía tantísima fuerza, con las dos manos cogió la cabeza del monstruoso animal y se la retorció, a fin de romperle las vértebras del cuello.

El negro se había salvado, o por lo menos él lo creía así. Pero, desgraciadamente, una mujer perteneciente a la guardia del rey presenció el hecho, y, en vez de felicitar al cazador, fué a denunciarle.

Aquella serpiente había sido declarada sagrada, y nadie debía matarla.

Ongo, en vez de defenderse, tenía obligación de dejarse estrujar antes que desobedecer al feroz monarca.

No se dió por enterado del peligro que corría, pues creía estar seguro de que nadie le había visto, y estaba tranquilo por haber obrado en defensa propia, y, por lo tanto, siguió cazando. Mató por fin al león, lo descuartizó y luego se dirigió hacia Abomey.

Como ya hemos dicho, la mujer se había apresurado a denunciarle; así es que antes de entrar en la ciudad se vió acorralado por un grupo de treinta soldados de la guardia real.

—Ven —le dijeron—, que el rey desea volver a ver al cazador de leones.

Ongo entonces, a pesar de ser tan valiente, tembló, pues sabía que Gelete no le perdonaría.

Por un momento pensó hacer frente a los soldados, defendiéndose luchando con ellos; pero se distrajo un momento viendo aparecer una compañía de mujeres armadas, y este descuido le fué fatal.

Debo advertiros que el rey de Dahomey tenía a su servicio algunos batallones femeninos, cuyas mujeres eran reclutadas entre las más bellas y robustas del país.

Llegaban a sumar cerca de mil y gozaban fama de ser mucho más valientes que los hombres. Ellas eran las que después del combate se encargaban, con sin igual fiereza, de despedazar a los vencidos y rematar a los heridos.

Ongo, viendo aparecer a aquellas mujeres, no se atrevió a resistirse y se dejó llevar a una cabaña construída con gruesos troncos y rodeada de centinelas.

No le cabía duda de la suerte que le esperaba; pero como había nacido en el vecino reino de Benin, tenía la esperanza de poder evitar la muerte invocando su ignorancia de las leyes del país.

Al día siguiente, guardado por fuerte escolta, le condujeron al palacio real.

El rey le recibió en el jardín, tendido sobre una tupida alfombra y a la sombra

de su quitasol decorado con un pintado cocodrilo.

—¿Sabes por qué te he hecho comparecer ante mí? —le preguntó Gelete.

—No —contestó Ongo sin inmutarse.

—¿Qué hiciste ayer en el bosque?

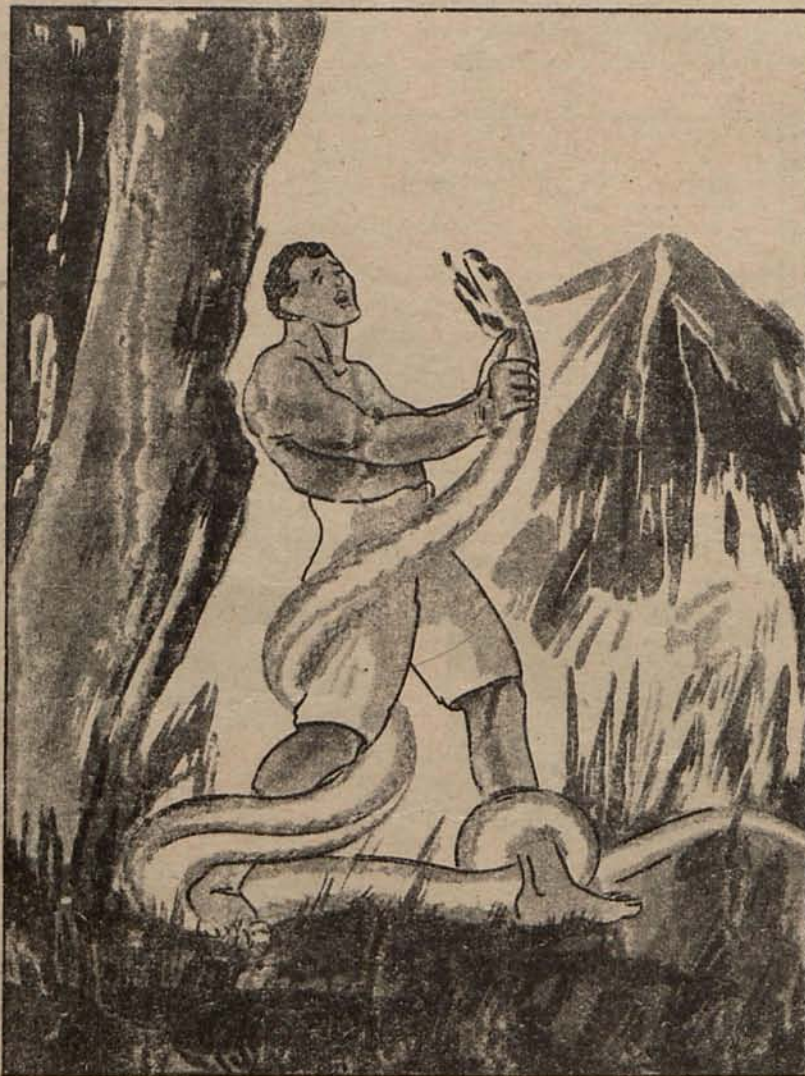
—Maté un león.

—Y también una serpiente. Y ya sabes que en este país quien mata una serpiente debe morir a su vez. Por lo tanto, tú morirás.

—Pero, señor, la serpiente quería devorarme. Además, yo soy súbdito de Benin.

—Peor para ti, que siendo extranjero te has internado en mis bosques. En cuanto al rey de Benin, le puedes decir que me mande una reclamación, y entonces iré a llamar a las puertas de su capital, ya que precisamente necesito quinientos o seiscientos esclavos para sacrificarlos durante las próximas fiestas.

(Concluirá en el número próximo.)







# POTIPÁN Y CAÑAMÓN







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





# Cuentos de Calleja

## SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE

### Tomos publicados

1. Pinocho, Emperador
2. Pinocho en la China.
3. Pinocho en la Luna.
4. Pinocho en la isla desierta.
5. Pinocho, detective.
6. Pinocho en el Polo Norte.
7. Pinocho en el fondo del mar.
8. Pinocho en la India.
9. Pinocho I, «el Cigüeño».
10. Pinocho en el país de los hombres gordos.
11. Pinocho en el país de los hombres flacos.
12. Pinocho, inventor.
13. Pinocho, domador.
14. Pinocho en Jauja.
15. Chapete reta a Pinocho.
16. Pinocho bate a Chapete.
17. Pinocho, Chapete y los Reyes Magos.
18. La ofensiva de Pinocho.
19. Pinocho y la Reina Comino.
20. Chapete, cazador de cabelleras.
21. Pinocho en Babia.
22. Las jugarretas de Chapete.
23. El falso Pinocho.
24. El triunfo de Pinocho.
25. Chapete, invisible.
26. Chapete en la isla de los muñecos.
27. Pinocho hace justicia.
28. Pinocho, futbolista.
29. Chapete quiere ser héroe de cuento.
30. El nacimiento de Pinocho.
31. Chapete en guerra con el país de la fantasía.
32. Pinocho se convierte en bruja.

### Últimos tomos publicados

33. Pinocho caza un león.
34. Viaje de Pinocho al centro de la tierra.
35. Pinocho y los tres pelos del Mago Filomén.
36. Chapete en la isla de los animales.
37. Pinocho se hace pelicano.

### Próximo a publicarse

38. Chapete y el Príncipe Malo.
39. Pinocho y el Príncipe Bueno.

### En preparación

40. Chapete, bandolero.
41. Pinocho y los bandidos.
41. Pinocho en el País de Mentirijillas.

Cada tomo, 1,50 ptas.



**¿Conoce usted  
PINOCHO  
SEMANARIO INFANTIL?**

Pida un ejemplar gratis de muestra a la  
**ED. "SATURNINO CALLEJA" S.A.**  
Apartado 447 - MADRID



# BIBLIOTECA PERLA - PRIMERA SERIE



1. Cuentos de Andersen.
2. La cabaña de Tom.
3. Robinson Crusoe.
4. Cuentos de Grimm.

Tomos en 4.º mayor (230×150 mm.) de 400 a 500 págs. con rica ilustración.

5. Viajes por Europa.
6. — por América.
7. — por Asia.
8. — por África.
9. Hist.ª de España.
10. — Universal.
11. Cuentos mágicos.
12. Ivanhoe.
13. Cuentos y más cuentos.
14. Historia Sagrada.
15. A la ventura.
16. El reino de la fantasía.
17. King-Chu-Fu.
18. Las mil y una noches.

19. El unicornio y otros cuentos.
20. Fabiola.
21. Los mártires.

ROBINSON SUIZO



EDITORIAL SATURNINO CALLEJA

22. Cuentos de Nesbit.
24. Las tardes de la Granja.
25. Veladas de la quinta.
26. Cuentos escogidos de Schmid.
27. Los últimos días de Pompeya.
28. Juegos de los niños.
29. Ben Hur.
30. Cuentos de Perrault.
31. Más cuentos de Schmid.
32. Recuerdos históricos del mundo.



33. Libro de cuentos.
34. Quo vadis?
35. Consejos a mi hija.
36. Robinson suizo.

En pasta con preciosas cubiertas en colores, cada tomo, 6 pesetas; en tela con planchas en oro, 8,50 ptas.

## BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA



Tomos en 4.º mayor (230×150 mm.) de 160 páginas con bella ilustración.

1. 7.117 pollos y medio.
2. Lluvia de cuentos.
3. Leyendas de Oriente.
4. Sucesos extraordinarios.

5. Premio de aplicación.
6. Almacén de cuentos.
7. Tesoro de los niños.
8. Viejo astuto.
9. Plaga de dragones.

12. La alegría de los niños.
13. Viajes extraordinarios.
17. De artesano a emperador.
18. Guía de la juventud.
19. España y su historia.

20. El recreo de mis hijos.
21. Cuentos azules.
23. Cuentos infantiles.
24. Literatura castellana.
25. Pelusa.
26. Aventuras de Pi.



En pasta con preciosas cubiertas en colores, 2,75 ptas. cada tomo. En tela con artísticas planchas en oro, 4,50 ptas.

## BIBLIOTECA ILUSTRADA



Tomos en 4.º (192×130 mm.) de 160 págs., con profusa ilustración.

1. Empresas descabelladas.
2. Las tres plumas.
3. Los mellizos de Doña Coneja.
5. La cabrita de oro.
6. El cantarito de lágrimas.
7. El viejo hechicero.
8. Dios en todas partes.

9. La gallinita y el pollito.
10. La comadre Muerte.
11. El flautista valiente.
12. La joven y hermosa novia.
13. María Pex y María Oro.
14. El caballo artístico.

15. Aventuras de un naufrago.
19. Nobleza de un artesano.
21. Aventuras del famoso Lentejilla.
22. El foco eléctrico.
23. Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.
24. El encanto de los niños.

25. El buen Fridolín y el pícaro Tierri.
26. El cestillo de flores.
27. Rosa de Tanemburgo.
28. Genoveva de Brabante.
29. Historia del Emperador Carlomagno.
30. Fernando.



En pasta con elegantes cubiertas en colores, 1,75 ptas. En tela con artísticas planchas en oro, 3,50 ptas.

## BIBLIOTECA ESCOLAR RECREATIVA

Tomos en 8.º (152×106 mm.) de 128 págs. En pasta con cubiertas a todo color, 0,80 pts. cada tomo.

1. La almendrita.
2. El negrito y la pastora.
3. Los Príncipes encantados.
4. Paraíso y tentación.
5. La Caperucita roja.
6. Nicolás y Nicolásillo.
7. La Reina de las hormigas.

8. Cuentos extraordinarios.
9. Premio de la virtud.
10. Aventuras del Barón de la Castaña.
11. Los dos gemelos.
12. Los cuentos de Fernandillo.
13. La medalla de la Virgen.
14. El Príncipe generoso.
15. El pedazo de plomo.

EL CAPULLO ROJO



16. Los cuarenta ladrones.
17. El imperio submarino.
18. El tulipán negro.
19. La fuente de los leones.
20. El alcázar de la dicha.
21. Los sobresaltos de un sastre.
22. El lenguaje de las bestias.
23. Historia de un rey tuerto.

24. Por ambicioso.
25. El rosal.
26. Itha, Condesa de Toggenbourg.
27. El joven ermitaño.
28. La Nochebuena.
29. El corderito.
30. Los huevos de Pascuas.
32. Narrador infantil.
31. Capullo Rojo.



## BIBLIOTECA DE RECREO

Tomos en 16.º (104×74 mm.) de 96 págs., 0,30 ptas. cada tomo.

Publicados 45 títulos diferentes, ilustrados con muchos grabados y encuadernados en pasta con preciosas cubiertas en colores.



# CUENTOS DE CALLEJA



# CUENTOS DE CALLEJA

## CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES PRIMERA SERIE



Tomos en folio, tamaño 230 x 290 mm.

TÍTULOS PUBLICADOS:

1. Gazapito y Gazapete.
2. La Princesa de algodón en rama.
3. El Rey de los cisnes.
4. Los tres piratas.
5. Clarafrente.
6. El Príncipe y el león.
7. El Visir y la mosca.

Con elegantes cubiertas y láminas en cuatromía.

Cada tomo, 6 pesetas.

## CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES SEGUNDA SERIE

Tomos de 72 páginas, tamaño 130 x 170 mm.

TÍTULOS PUBLICADOS:

1. Pezuñita y Roenueces.
2. Pelusilla.
3. Ratón Robinsón.
4. Gazapito Gulliver.

Con artísticas cubiertas y láminas en colores.

Cada tomo, 2 pesetas.

PELUSILLA



## CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES TERCERA SERIE



Tomos de 90 páginas, tamaño 125 x 157 mm.

TÍTULOS PUBLICADOS:

1. Cuentos de Madame D'Aulnoy.
2. Fábulas de La Fontaine.
3. Cuentos de Perrault.
4. Gulliver en Liliput y Gulliver en Brobdignac.
5. La cabaña de Tom.

Con artísticas cubiertas y láminas en colores.

Cada tomo, 2 pesetas.

## CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES CUARTA SERIE

Tomos de 20 págs., tamaño 230 x 290 mm.

TÍTULOS PUBLICADOS:

1. La bella durmiente.
2. Juanito y Margarita.
3. Caperucita encarnada.
4. La herencia de Saltasillas.
5. La Cenicienta.
6. Blanca Nieves.
8. Piel de asno.
7. Barba Azul.
9. La montaña azul.

Con artísticas cubiertas y dibujos en colores sobre magnífico papel. Cada tomo, 1,25 pts.



CAPERUCITA ENCARNADA

## CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES — QUINTA SERIE

Tomos de 20 páginas, en 8.º, tamaño 170 x 120 mm.

TÍTULOS PUBLICADOS:

1. El mago prisionero.
2. Corazón de oro y corazón de piedra.
3. Viaje a Tierra Verde.
4. El gusano policía.
5. De su casa al Polo Norte.
6. Historia de Formigüeira.
7. La cabellera.

8. Pensión para princesas reales.
9. Rey blanco y Rey moreno.
10. El erizo fiel.
11. El libro de los animales.
12. Cuentas exactas.
13. El ingenio de un mono.



14. El hechicero y su cornamusa.
15. La traición de Rogelín.
16. Juan y su gato.
17. El arbolillo mágico.
18. Lloriol el cobarde.
19. Kam-Ambú.
20. El gracioso favorito.
21. Katimatica.

22. La marmita mágica.
23. Un fiel servidor.
24. La mula y la cabra.
25. Un halcón que dice verdades.
26. Una visión del Paraíso.
27. El Rey Otón y el derecho.

Con preciosas cubiertas e ilustraciones en colores. Cada tomo, 0,25 pesetas.

## CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES OCTAVA SERIE



Tomos de 150 a 200 páginas, en 8.º menor tamaño 155 x 210 mm.

- Tomo I. - Kakatukan.  
 „ II. - El dragón de hielo.  
 „ III. - El dragón de llama.  
 „ IV. - Cuentos clásicos.  
 „ V. - Cuentos famosos.  
 „ VI. - El pez de oro.

Con preciosas cubiertas y láminas en color.

Cada tomo, 3 pesetas.

## CUENTOS EN POSTALES PARA ILUMINAR

Cuadernos con 12 modelos en colores y 12 copias en negro.

TÍTULOS PUBLICADOS:

1. El gato con botas.
2. Pulgarcito.

Con elegantes cubiertas en colores.

Cada tomo, 1,50 pesetas.



## PINTURAS INFANTILES

Primera serie:

Cuadernos en folio (230 x 290 milímetros) con ocho láminas en color y ocho copias en negro.

Publicados siete cuadernos diferentes. Cada cuaderno, 1,25 ptas.

Segunda serie:

Cuadernos en 4.º (210 x 190 milímetros) con ocho láminas en colores y ocho copias en negro.



Publicados ocho cuadernos diferentes. Cada cuaderno, 0,75 ptas.

Tercera serie:

Cuadernos en 8.º (120 x 170 milímetros) con ocho láminas en colores y ocho en negro.

Publicados cinco cuadernos diferentes. Cada cuaderno, 0,30 ptas.



# PARA NAVIDAD Y REYES



## CUENTOS DE CALLEJA

*El mejor  
regalo para  
los niños.*

*El que más  
les entretiene.*

*El que más  
les instruye.*

*El que más  
agradecen, el  
más práctico.*

*Para todos  
los gustos y  
para todos  
los bolsillos.*



## CUENTOS DE CALLEJA

*Los mejores  
cuentos  
ilustrados*

*por los mejores  
artistas.*

*Las ediciones  
para Niños*

*más atractivas,  
más artísticas,*

*más variadas.  
Para todos*

*los gustos y  
para todos  
los bolsillos.*

Cuentos  
de Calleja



Cuentos  
de Calleja





# DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



## LAURA, LA COTORRA INDESCRETA





¡OYE, NEGRITO! ¿ESTOY DE BOTONES  
QUE UNIFORME EN UN HOTEL DE POSTÍN,  
ES ESE?



¿Y PARA ESO TE  
HAN PINTADO  
DE NEGRO?

# COLORÍN Y SU PANDILLA



¡VAYA UN EMPLEO  
ESTUPENDO QUE ME  
HA SALIDO! ¡POR CA-  
DA PAQUETE QUE LLE-  
VO ME DAN 0'15! ME  
VOY A HINCHAR DE  
GANAR DINERO!



¡VIENES CO-  
LORÍN! VA-  
MOS AREIR-  
NOS UN RATO  
LLAMANDO  
A LAS PUER-  
TAS

¡ES MAS  
DIVER-  
TIDO!  
¡ANDA,  
VENTE!

¡CA! ESTOY  
METIDO EN  
NEGOCIOS!  
¡LLEVO YAGA-  
NADOS CATOR-  
CE REALES  
LLEVANDO  
PAQUETES



¡AHÍ VAN! PERO  
CUANDO TOCAN  
A GANAR DINERO  
HAY QUE GA-  
NARLO!



¡VAYA CHIRIM-  
BOLO QUE ME HAN  
DADO! ¡COMO PESA!  
¡ESTO VALE MAS  
DE LOS 0'15!



¡LA GRAN  
JUERGA  
CHICO!

¡TE ESTÁS  
PERDIENDO  
LA GRAN TAR-  
DE. HEMOS  
LLAMADO YA  
EN TREINTA  
PUERTAS!



¡LA GRAN JUERGA  
VA A SER LA QUE YO  
ME VOY A CORRER  
CUANDO VEA QUE  
LOS HAN COGIDO!



AQUÍ TIENES UN CA-  
JÓN DE LIBROS. SON  
PESADOS PERO TÚ LOS  
LLEVARÁS, VERDAD?

SI, POR 0'25  
DE EXTRA  
LOS LLEVO



¡ESTE CAJÓN ME  
VALE 0'40! ¡ESTOY  
HACIÉNDOME RIQUI-  
SIMO POR MOMEN-  
TOS!



¡VENGA,  
CORRED  
MUCHA-  
CHOS!

¡NO  
NOS  
PES-  
CAN!

¡QUE  
CARA  
HA  
PUESTO!

¡ATIZA!  
¡TODAVIA  
ANDAN  
ESOS POR  
AHÍ!



¡YA LLEGUÉ!  
¡LA PROPINA VA  
A SER TAN GRAN-  
DE COMO EL CA-  
JÓN!



¡TE PESQUÉ!  
¡TOMA TIMBRE-  
CITO! ¡ANDA  
LLAMA OTRA  
VEZ!



¡LO QUE  
NOS HE-  
MOS REIDO  
CHICO!

¡HEMOS LLA-  
MADO EN SE-  
SENTA Y TRES  
CASAS Y NO  
NOS HAN PO-  
DIDO PESCAR  
EN NINGUNA!

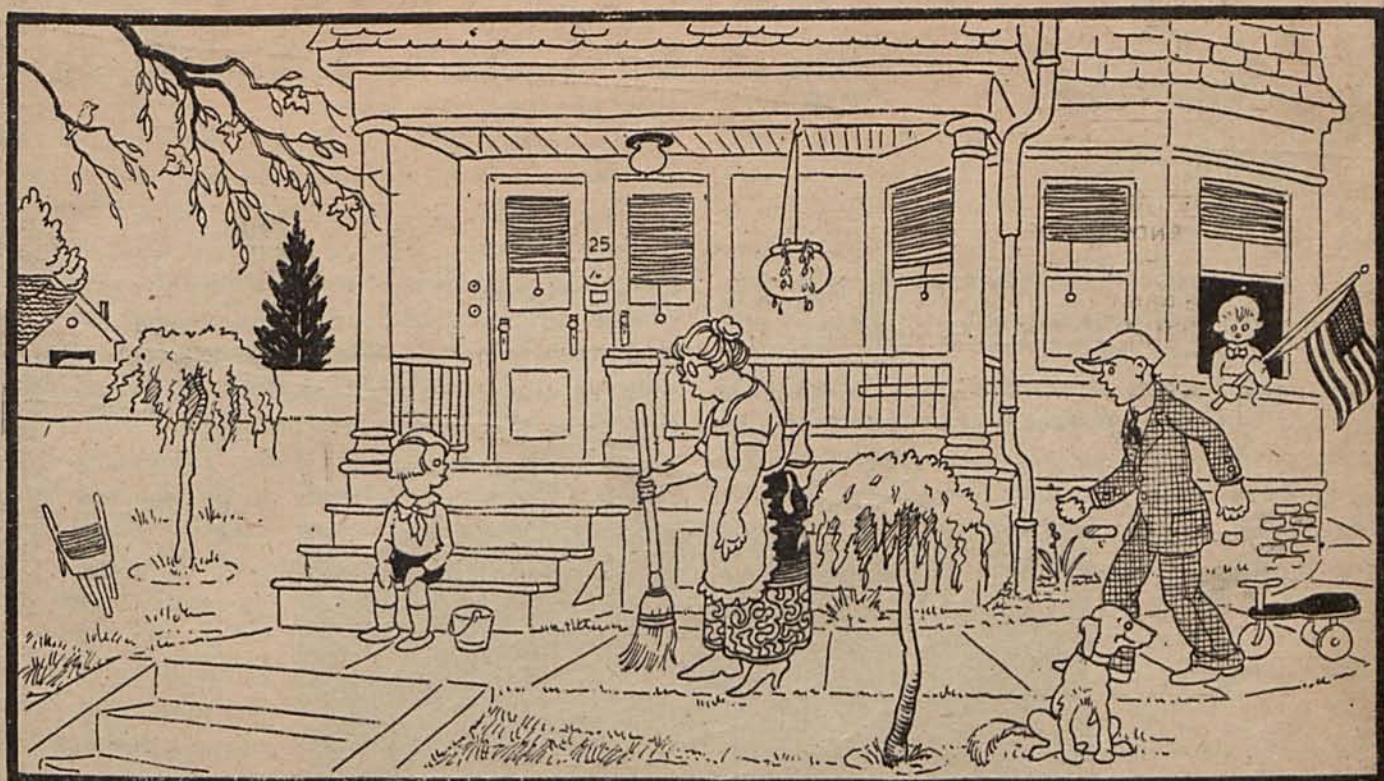
¡MALDITA SEA  
VUESTRA ES-  
TAMPA! TODA  
EL AGUA DE  
LAS SESENTA  
Y TRES CASAS  
ME HA CAIDO  
A MI ENCIMA!



# CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE ENERO DE 1927

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Los errores que hay en el presente dibujo son trece; pero tan sencillos, que a poco que os fijéis, los hallaréis. Uno de ellos, por ejemplo, es que el dibujante le ha puesto a la portera los tacones de distinta forma. Como sois buenos observadores, no dudo encontraréis en seguida los restantes. Chapete, mi eterno enemigo, ha sostenido conmigo esta mañana una violenta discusión a propósito de esto, pues decía el muy tozudo que no erais capaces de resolver los problemas que os doy. Ya lo sabéis, queridos amigos, no me dejéis mal y mandadme a fin de este mes de enero, y acompañadas del correspondiente cupón, las soluciones de todos los problemas, para demostrar a Chapete de lo que sois capaces.

## LA FAMILIA DE DON GANSÍPIDO



La respetable familia de don Gansípido salió un día de paseo a lucir los trajes y preciosos sombreros de la temporada. Era un día espléndido. Cuando más distraídos iban caminando, doña Gansa Pansa se acordó de su pobre hermana, que no les acompañaba por no tener traje nuevo, y empezó a llorar. Yo sé que la pobre patita está escondida; buscadla y la encontraréis.

## EL CONEJO CAZADOR



Os extrañará el título de este rompecabezas; pero así es. Cansado Conejillo Pansa de oír a su familia siempre que salía al campo, que tuviera cuidado con los cazadores, un día tomó la resolución de, en vez de ser cazado, cazar él, y, ni corto ni perezoso, se puso un sombrero de copa, agarró una escopeta (esta no la veis porque la lleva debajo del brazo izquierdo) y se fue a matar pájaros. Tan pronto como éstos le vieron, dos se escondieron y el otro echó a volar. ¿Dónde se esconden?





# SECCIÓN PIRULA

## CUENTOS DE PIRULA

*Pepín y los Reyes.*—Estáis en vacaciones, ¿ver-

dad?; pues yo también. Hoy, ni pinto, ni bordo, ni coso. Hoy... os voy a contar un cuento.

Erase una vez...

(Mi cuento empieza como todos los cuentos; pero se diferencia de los demás: primero, en que... no es un cuento, puesto que ha sucedido de verdad; y luego, en que no ha sucedido en aquellos tiempos fabulosos en que solemos colocar las hadas y las brujas, sino hace poco, según no tardaréis en ver.)

Erase una vez un leñador que era muy pobre y tenía una mujer muy buena y cuatro niños muy monos. Vivían todos en una choza muy pequeña y miserable, colocada muy lejos del pueblo, a la entrada de un bosque muy espeso.

Aquella tarde era la del día 5 de enero, víspera del día de los Reyes y de los niños.

Al atardecer la leñadora anunció tristemente a su familia que no quedaba en la choza ni un mal mendrugo de pan. Y el leñador, con una voz brusca y severa, que solía usar cuando tenía pena, declaró:

—Ya lo habéis oído, mocosos; a dormir sin cenar. Y no se os ocurra poner los zapatos, pues ya supondréis que con la noche que hace los Reyes Magos no van a venir hasta aquí a traer juguetes a unos pobretes como vosotros.

Al oír estas palabras, Quico, el mayor, un hombrón de doce años, torció el gesto y apretó los puños; Piluca, la segunda, hizo un pucherito lastimero; Lolo, el tercero, empezó a berrear con toda su alma; el último, Pepín, quedó inmóvil, mudo, muy serio.

¡Qué buenos sois, lectores míos! Ya os oigo murmurar compasivos: «¡Pobrecillos! ¡Víspera de Reyes, y a la cama sin cenar!»

Pues no, no se fueron a la cama sin cenar ni de ninguna manera, por el hecho sencillo de que en la choza no había cama. Lo que hicieron fué tumbarse sobre

unos montones de paja que les servían de lecho, que no es lo mismo, os lo aseguro.

Lolo, cansado de llorar, trocó al punto sus sollozos por unos ronquidos no menos ruidosos. A Quico, el hambre y la rabia le mantuvieron despierto y desvelado largo rato; pero, al fin, se durmió también. La dulce Piluca se fué en seguida, como un angelito, al país encantado de los sueños, donde todos los niños son igualmente ricos y dichosos. Pero Pepín no se durmió; él no sentía rabia ni pena; meditaba. Era todo un señor filósofo de seis años. Estaba acostumbrado a no cenar; pero a quedarse sin juguetes el día de Reyes, no se resignaba. Ahora que, en lugar de desesperarse, daba vueltas al asunto, buscando la manera de «arreglar las cosas».

No cabía duda de que papá había dicho la verdad (los papás suelen estar bastante enterados de las intenciones de los Reyes Magos): Melchor, Gaspar y Baltasar no vendrían hasta la choza miserable con la noche de frío que hacía; ni siquiera se acordarían...

Entonces, de repente, se le ocurrió una idea maravillosa: la de ir, Pepín, hasta el pueblo a esperar el paso de Sus Majestades y, muy respetuosamente, reclamarles los juguetes que, al fin y al cabo —pensaba—, les correspondían a él y a sus hermanos, por derecho propio, puesto que eran niños y eran buenos. Y apenas empezó a sonar en la choza la

respiración tranquila de los papás leñadores, Pepín se irguió y, cautelosamente, se puso en pie.

Por el cristal de la única ventanilla de la choza brillaba la noche clara. A la luz de la luna la nieve helada que cubría el suelo parecía, no ya de azúcar, sino de plata. Cerca aparecían negros, enormes, los primeros árboles del bosque.

Un segundo, Pepín sintió encogerse el corazón; pero, ¡bah!, no se es un hombre lleno de razón, sin ser también un valiente. Se envolvió en una vieja bufanda del papá leñador, entreabrió la puerta, y con la cabeza alta, los dientes apretados para que no castañetearan y las manos metidas en los bolsillos, hizo frente al viento helado.

(Concluirá en el próximo número.)







# HAICAR EL VISIR SABIO Y NADAN EL VISIR INGRATO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—Tú no debes, querido tío, aspirar ya más que al descanso; tus correspondencias te turban. Puedo contar con la prudencia de las medidas tomadas por mí en unión de su majestad y con la fidelidad de nuestros agentes. Impide todo acceso de las personas inquietas y turbulentas que te asedian. El rey, que está muy alarmado de ello por tu causa, tendrá mucho gusto al saber tu silencio, y los asuntos irán mucho mejor si tú quieres alguna vez dejarlos a nuestra dirección.

Después de estas palabras insultantes Nadán hizo una reverencia y retornó al palacio del rey.

El virtuoso Haicar quedó como petrificado por lo que acababa de oír, y se fué a contar sus penas y a derramar sus lágrimas en el regazo de su esposa Asfagni. La princesa, intentando calmar su dolor, trató de penetrar los motivos de su aflicción: la ingratitud y el desvío de Nadán eran su causa. Este temerario, desdenando la prudencia de un aviso saludable, va a exponer a la Asiria a la guerra, a mortandad sin número, a esclavitud humillante.

—Anda a ver a mi sobrino Sinharib —exclamó Asfagni— y llévale la carta que has recibido de Persia. Por muy ciego que esté acerca del mérito de Nadán, sus propios intereses podrán abrir sus ojos. No se debe dejar que todo perezca por no dar un paso tan fácil.

—Voy a hacerlo —respondió Haicar—, aunque interiormente me repugna.

Y seguidamente se dirigió al palacio del rey, a quien pidió una audiencia particular.

—Te la daré en presencia de Nadán —le contestó Sinharib—. Ya me ha prevenido del motivo de tus inquietudes. Te atormentas por avisos falsos; felizmente a mí no me han dado las mismas alarmas. El correo de mi embajador en Persia acaba de llegar en este momento y me trae las noticias más halagüeñas. El subterráneo de que te hablan tus confidentes no es más que una visión, y la supuesta traición del rey, mi hermano, una invención digna de castigo, que tu corresponsal lo hubiera llevado infaliblemente si su muerte, anunciada por un correo, no la hiciera ya imposible. Yo desearía que esta misma suerte cupiera a todos aquellos que se entretienen en decirte inquietudes sobre el gobierno actual, al cual en toda la Asiria no hay nadie que no aplaude, más que tú. Vuélvete a tu casa, vive en ella tranquilo. Es cuanto debo esperar y exigir de ti.

De esta manera, sin ninguna atención para sus servicios pasados ni para su edad, fué despedido Haicar con un frío desprecio. Vuelto a su casa, contó a su esposa la acogida que acababan de dispensarle.

—La estrella de Nadán —le dijo ella— te es bien funesta. Ella corrompe a tus bienhechores y amigos, ella emponzoña hasta mis consejos. ¡Desgraciadamente ella domina sobre Asiria, que me parece expuesta a los más graves peligros! Pero si el decreto del cielo la condena a perecer bajo su gobierno actual, ¿por qué nos habíamos de alarmar por un destino que los primeros gobernantes no quieren impedir? Resignémonos y dejemos a otros el cuidado de remediarlo o de ofuscarse bajo las apariencias. Sinharib te ordena que busques descanso; a mi juicio, éste es el acto de obediencia menos duro de poner en práctica a la edad en que te hallas. Tú amas la ciencia, ocúpate de ella y olvídate por completo de que en el mundo hay reyes y visires.

Haicar se decidió a seguir los consejos de Asfagni, y para no dar más motivos de inquietud a Sinharib ni de envidia a Nadán, cerró su puerta a todos los que podrían parecer sospechosos de tratar con él de negocios y limitó su trato al de sabios de diferentes países, con quienes había tenido siempre relaciones. Causaba la dicha de su casa por su jovialidad y por la bondad de su carácter; vivía feliz y tranquilo; comenzaba hasta a olvidarse de su sobrino, cuando éste, para quien la existencia del gran hombre era una carga insoportable, intentó librarse de él por la intriga más criminal.

\*\*\*

Después que Haicar se había retirado del palacio de Sinharib, este monarca sintió alguna pena por la forma de haberlo tratado, acordándose de los importantes servicios que prestara a la nación. La vista del respetable anciano había sido suficiente para combatir las insinuaciones de

Nadán; pero una mirada de éste había triunfado fácilmente en las disposiciones de su señor, tan pronto para dar su confianza como para dejarse dominar. Sin embargo, el rey de Ninive estaba descontento de sí mismo. Algunos días transcurrieron en medio de estos remordimientos, y como tal estado de ánimo le molestase, habló, al fin, a Nadán:

—Hemos despedido a tu tío bien poco satisfecho. ¿Cómo habrá tomado él mi conducta? ¿Qué hace ahora?

—Con bastante altanería —respondió Nadán— y con mucho humor se ha encerrado en su casa y no hay quien lo visite; pero si se ha hecho inaccesible a los habitantes de Ninive, no ha renunciado igual al trato de los extranjeros. Correos suyos salen todos los días para Persia y para Egipto.

—¿Y cuáles pueden ser sus propósitos? —preguntó Sinharib con inquietud.

—Como le ha vuelto a atacar el furor de dirigir los asuntos de gobierno, no sabría yo —contestó Nadán— describir los medios que su terquedad le sugiere para lograrlo. Es una manía de viejo que me parece inconcebible; pero a vuestra majestad es bien fácil enterarse acerca de esta cuestión. Yo te advertiré, señor, la partida de uno de sus primeros correos; lo harás detener, y la naturaleza de los despachos que lleve te ilustrarán acerca de la importancia del mensaje.

—Adopto, en parte, tu proyecto; pero vale más que aparentemos que el correo ha sido robado, para no parecer recelosos sin motivo.

—Vuestra majestad piensa muy sabiamente. Pudiera suceder que las cartas de un hombre de su edad no contuviesen más que sueños, y entonces, habiéndolo hecho detener, te habrías mostrado sospechoso sin razón.

Nadán sabía muy bien de qué naturaleza era la correspondencia de su tío. Escribía a Persia a algún mago amigo; a Egipto, a cualquier sacerdote de Osiris, acerca de puntos científicos que deseaba esclarecer. Era preciso, pues, suponerle otras inteligencias. ¿Qué hace el pérfido ministro? Utilizando el sello de su tío, de que se había apoderado, y aprovechando la facilidad que tenía para imitar su letra, escribió, bajo el nombre de Haicar, a Akis, rey de Persia, el mayor enemigo de Sinharib. Invitaba a este soberano a venir a apoderarse de un reino vejado por un afeminado tirano, que había venido a ser objeto del odio y del desprecio de su pueblo. Lo excitaba a ponerse a la cabeza de un cuerpo escogido y a dirigirse a la llanura de Nesrim, en donde el mismo Haicar saldría a su encuentro con su guardia en los primeros días de la luna de Niram. Advertía a Akis (siempre bajo el nombre de Haicar) de que una de las principales puertas de la ciudad le sería entregada, y que él encontraría a los grandes y a la nación dispuestos a sacudir el yugo del tirano y a entregárselo. Esta carta suponía que el rey de Persia debía de haber recibido ya otras, en las cuales Haicar le indicaba los resortes que había empleado para preparar la revolución.

Así que Nadán hubo coloreado su impostura con todas las apariencias de la verdad, hizo imitar la bolsa en la cual los correos de Haicar metían los paquetes de su dueño, atados a su cintura. Prevenido de la partida de uno de ellos, mandó que lo esperara en las afueras de Ninive un hombre de su confianza, que entró en conversación con él y lo invitó a refrescar en la primera tienda, de donde no salió hasta que no hubo cambiado hábilmente la bolsa que Nadán le había dado por la del correo.

Entonces el ministro se fué al rey y le dijo:

—Señor: el correo de mi tío parte esta mañana mismo para Persia; haz apostarse a los ladrones. Por lo que a mí toca, cualesquiera que sean las disposiciones de mi tío en este respecto, las antiguas obligaciones que para con él tengo y los lazos de la sangre, deben detener todos mis pasos. Haz justicia si te ves en el caso de tener que hacerla; pero yo no puedo, en modo alguno, servirte en esta ocasión.

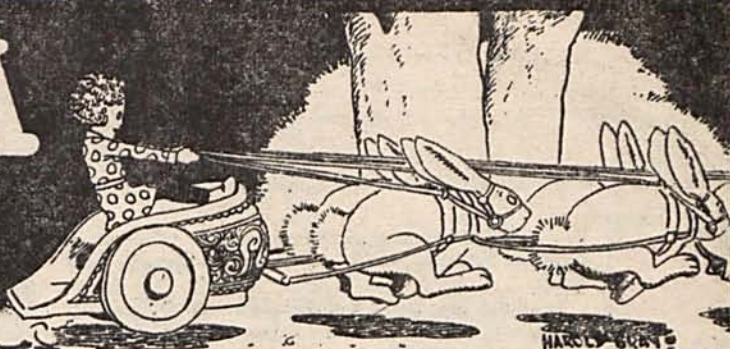
Sinharib aprobó la delicadeza de Nadán. Mandó disfrazarse a cinco soldados de su guardia y los envió a seguir los pasos del correo; a quien alcanzaron bien pronto, reconociéndolo por la bolsa que llevaba pendiente de su cintura. Lo atacaron, despojándolo, y lo dejaron abandonado en el camino, como hubieran podido hacerlo unos bandoleros, cuyo papel acababan de hacer.

(Continuará en el número próximo.)

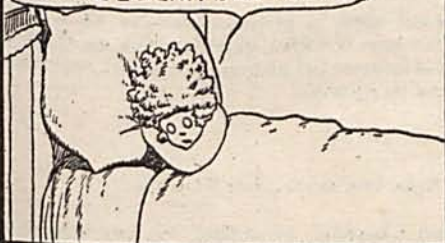


# ANITA

## BUEN-CORAZON



¡AY! ¡QUE ABURRIDO ES ESTO DE TENERSE QUE PASAR LA VIDA EN LA CAMA! ¡CUANDO ESTARÉ BUENA DEL TODO?



TODOS ME REGAÑAN. YO NO QUISIERA SER UNA CHIQUILLA TRAVIESA, PE... PE... RO NO... LO PUE... PUE... PUEDO...

RE... RE... REMEDIAR



¡NO SABÍA QUE ANDABAS POR AHI, PELUCHO! ¡CREÍ QUE ESTABA COMPLETAMENTE SOLA!



¡QUE GANAS TENGO DE TENER LAS PIERNAS BIEN PARA PODER CORRETEAR CONTIGO POR AHI, PELUCHITO!



¿TE ACUERDAS DE CUANDO YO ERA CLOWN EN EL CIRCO Y HACÍA REIR A TODO EL MUNDO? ¿QUE DICHOSA ME SENTÍA YO DE HACER REIR A LAS GENTES!



¡HAY QUE TENER PACIENCIA, PELUCHO! ¡YA VENDRÁN TIEMPOS MEJORES! ¡YA VERÁS CUANDO YO ESTE BIEN, CUANTO VAMOS A JUGAR TÚ Y YO!



EN CUANTO ME PONGA BUENA TE REGALARE UN HOTELITO MAGNÍFICO PARA QUE DES REUNIONES Y PUEDAS INVITAR A TUS RELACIONES PERRUNAS.



¡OLÉ!

Y TE COMPRARÉ UN COCHE PARA QUE TE PUEDAS DAR POSTÍN



¡ELE!

YO ME CONSUELO DE MI PENA PENSANDO EN QUE HAY ENFERMOS QUE SON POBRES Y NO TIENEN, NI UN MÉDICO NI UN AMIGO QUE LOS CUIDE.



¡Y YO EN CAMBIO TENGO UN EXCELENTE DOCTOR, Y UN GRAN AMIGO, QUE ERES TÚ!



¡GUAU!

Y HABLANDO, HABLANDO, AQUÍ TIENES TU RETRATO, MI SIMPÁTICO AMIGO ¿QUE TE PARECE?



¡ESTUPENDO!

SI, SEÑOR PELUCHO, ASÍ HAY QUE PASAR LA VIDA; POR QUE SI NOS ACORDAMOS DE NUESTRAS PENAS, NOS VA A FALTAR TIEMPO PARA PENSAR EN TANTO DISGUSTO!







# LOS REYES TRAEN ESTE AÑO

SUS CAMELLOS LLENOS DE

## CUENTOS DE CALLEJA

APRESURAOS A PEDIRSELOS, PORQUE NOS HA DICHO Pifa, la Pajarita de los Reyes Magos, QUE AUNQUE SON MUCHOS LOS QUE TRAEN, SON MUCHOS MÁS LOS QUE LES PIDEN. Y ES QUE NO HAY NADA TAN BONITO NI TAN QUERIDO POR LOS NIÑOS COMO LOS

## CUENTOS DE CALLEJA



VALE por una rebaja  
del 25 por ciento a favor  
de mi amigo y suscriptor  
Don .....

(1)

*Pinocho*

Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea **una peseta de cada cuatro** que importe su pedido.

(1) Escribase aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor, no se puede usar este vale.

DE LA COLECCIÓN  
CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES  
PRIMERA SERIE



Precio 6 pesetas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América éstas y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe, más 0,75 pesetas para gastos de envío certificado.



De la estupendísima **SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE** que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astuto rival de trapo.—Precio: **1,50** pesetas.—De venta en todas las librerías.—La EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, remite a toda España y América esta y todas sus publicaciones a quien se las pida acompañadas de su importe.



ACE muchos, muchos años —lo menos mil— en el reino de Ratiplón, vivía una princesa llamada Lindaluz.

Lindaluz era bella, Lindaluz era lista, Lindaluz era buena, y sus padres, los reyes de Ratiplón, hubieran sido los soberanos más felices de la tierra si en Ratiplón no hubieran existido tres hermanos gigantes, llamados Ahchí, Ahchó y Ahchú.

Estos tres hermanitos, además de ser gigantes eran brujos y más malos que el tifus; se pasaban la vida haciendo todo género de fechorías y tenían el reino de Ratiplón metido en un puño. Eran gemelos y tan parecidos que nadie sabía diferenciarlos.

A causa de los tres gigantes el rey Pandulfo —que así se llamaba el padre de la princesa Lindaluz— era el soberano más desdichado de la tierra.

Un día, el pobre monarca reunió a todos sus ministros y les expuso la triste situación en que las maldades de Ahchí, Ahchó y Ahchú habían puesto al reino de Ratiplón. Pero los ministros se limitaron a mover melancólicamente la cabeza.

—¡Ay! —exclamó el rey, desesperadamente—, daría lo que me pidieran para que los tres gigantes nos dejaran en paz.

No bien había terminado de decir esto el rey cuando se oyó un gran ruido y el techo del palacio real se levantó como se levanta la tapa de una caja de bombones. Y por allí apareció el gigante Ahchí seguido por sus hermanos Ahchó y Ahchú.

—Rey Pandulfo —exclamó el primero de los gigantes con una voz de trueno—: acabas de decir que darías lo que te pidieran si dejáramos tu reino en paz.

—Pues en paz te vamos a dejar... —prosiguió el gigante segundo.

—... si nos das lo que venimos a pedirte —concluyó el gigante tercero.

El rey y sus ministros estaban tan asustados que no lograban articular una palabra; pero sus ojos y sus bocas, abiertos de par en par, demostraban bien a las claras su estupefacción.

—Queremos —dijo el gigante primero— que elijas entre nosotros tres...

—... el que más te guste... —interrumpió el gigante segundo.

—... para marido de tu hija —añadió el gigante tercero.

¡Dios santo! ¡La princesa Lindaluz, la perla del reino de Ratiplón, esposa de uno de aquellos monstruos! De horror, el rey recobró súbitamente el habla.

—¡Jamás! —rugió congestionado por la ira— ¡Yo suegro de vosotros! ¡Mi hija casada con un gigante! Antes que consentir...

—¡Silencio! —gritaron a una los tres hermanos—. Ya estamos hartos de contemplaciones. Sabe, rey, que estamos decididos, si nos niegas la mano de tu hija, a arrasar el país y matar a todos los habitantes, empezando por ti.

Ante estas amenazas terribles, el rey no tuvo más remedio que someterse y, aunque desesperado, otorgó su consentimiento. Pero en estas, se presentó la princesita Lindaluz, y al enterarse de lo que se trataba puso una carita de poquitos amigos.

—Hija mía —dijo el rey Pandulfo—, ¿aceptas por esposo a uno de estos tres señores gigantes?

Lindaluz no contestó; pero movió la cabeza de derecha a izquierda, luego de izquierda a derecha y, otra vez de derecha a izquierda. Lo cual en todos los países y en todos los tiempos, háganlo las princesitas encantadoras o los borriquitos testarudos, quiere decir: que no, que no y que no.

Expeditivos y poco amigos de perder el tiempo, como parece ser que son todos los gigantes, Ahchí, Ahchó y Ahchú pronunciaron unas palabras misteriosas, que no recuerdo cuáles son, y, al punto, la princesita Lindaluz cayó al suelo. ¿Muerta? No, dormida nada más. Entonces Ahchú la cogió delicadamente con los dedos índice y pulgar de la mano derecha y, seguido de sus dos hermanos, se la llevó, en un santiamén, a su domicilio.

El cual domicilio era un palacio encantado, de mármol negro con techo de cristal y puertas de bronce. Allí depositaron a la princesa sobre un diván de brocado amarillo, la taparon con una colcha de raso y colocaron bajo su rubia cabecita un almohadón de seda granate. Hecho esto, y con una voz tan formidable que se oyó a diez leguas a la redonda, gritaron las siguientes palabras:

«La princesa Lindaluz permanecerá dormida hasta el día en que un héroe temerario y osado logre llegar hasta ella y bese la punta de sus escarpines de plata.»

Y dichas estas palabras, el gigante Ahchí se transformó en un dragón espantoso y se colocó junto a la puerta de bronce del palacio de mármol negro.

El gigante Ahchó se convirtió en una selva intrincada de altos y enmarañados árboles, poblada de terribles fieras, que rodeó el palacio.

Y ante la selva el gigante Ahchú se tumbó y se transformó en un río caudaloso, y sobre el cual sólo había un puente formado por un hilo finísimo que al menor peso se había de romper.

Desde entonces fueron muchos los imprudentes que, atraídos por la fama de la belleza de Lindaluz, habían intentado llegar hasta la princesa para libertarla de su encantamiento.

Pero todos sucumbieron en la peligrosa empresa; pues los que por un prodigio de habilidad lograron atravesar el río sin romper el hilo del puente, se perdieron en la selva. Y los que por suerte inverosímil consiguieron atravesar la selva encantada, fueron devorados por el dragón o abrasados por las llamas que arrojaba por su espantosa boca.

Y desde hace más de mil años, la princesa Lindaluz sigue durmiendo, guardada por los tres terribles gigantes, allá, en el diván de brocado amarillo, en el interior del palacio de mármol negro con techo de cristal y puertas de bronce.

I

#### CHAPETE TOMA UNA RESOLUCIÓN HEROICA

—¡Cielos! —exclamó Chapete, al acabar de leer esta historia en un tomo de cuentos de Calleja—. ¡Qué idea genial nace en mi cerebro de serrín!

Y empezó a pasear agitado mientras murmuraba estas palabras:

—No hay duda que sería un golpe maestro. Eso es, yo liberto a la princesa Lindaluz, que, según dice la historia, es hermosísima, y, claro, como premio, me caso con ella y acabo siendo rey de Ratiplón. Además, de golpe y porrazo, me convierto en héroe de cuento, mi fama se extiende por toda la tierra y le quito los laureles a mi enemigo Pinocho. ¡Qué talentazo tengo!

Y tan contento estaba el malvado pirata que empezó a dar brincos de alegría. Pero de pronto se detuvo, frunció su terrible entrecejo de corsario, se rascó el botón de nácar que tenía por nariz y murmuró:

—¡Caray, caray! El caso es que para libertar a la princesa primero tengo que atravesar el río caudaloso sobre un puente de hilo... ¿y si me ahogo? Luego tengo que cruzar una selva laberíntica poblada de terribles fieras... ¿y si me pierdo? Y por último tengo que matar al terrible dragón... ¿y si me come?

Y temblando de miedo —¡cobarde!— ante la idea de afrontar tales peligros, estaba a punto de renunciar a su proyecto cuando, maquinalmente, su mirada cayó sobre una caja de cerillas de las de a cinco céntimos, pero convertida en oro. Aquella caja de cerillas era el único recuerdo que conservaba de su paso por el Reino Dorado, cuando amparado por el disfraz y el nombre gran Pinocho se presentó en el palacio de la princesita Doralinda (1).

Aquella caja le recordaba también su huida vergonzosa, su llegada a la cueva del bosque, su conocimiento con el sapo brujo...

Y Chapete se dió un golpe en la frente:

—Ya está todo resuelto —exclamó—. Me voy a ver a mi compadre el sapo, y él, como es brujo, me dará los medios para ser héroe de cuento y salvar a la princesa sin exponer ni uno de los preciosos cabellos que tengo pintados en mi cabeza.

(1) Véase *El falso Pinocho*.



Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura, escribe a la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe "CHAPETE QUIERE SER HÉROE DE CUENTO", y remitiendo su importe (1,50 pesetas mas 0,75 para gastos), y lo recibirás inmediatamente.